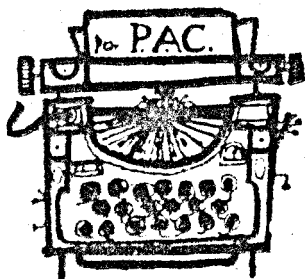


Una corona para Viet Nam



Es un fenómeno curioso y lamentable que en nuestro tiempo el mayor obstáculo para llegar al Cristianismo lo constituyen (lo constituimos) los Cristianos, y la causa principal de este escándalo reside en que hemos ido reduciendo el círculo anchísimo y generoso que Cristo trazó como ámbito de la palabra "prójimo".

En el Evangelio la palabra "prójimo" traduce con bastante exactitud el término griego "plesión" y el hebreo "rea": que expresan la idea de asociarse o de hacerse compañero con un extraño. El prójimo, contrariamente al "hermano" —con el que está uno ligado por la relación natural— no pertenece a la casa paterna. Es el "otro". El que no pertenece a mi familia, el que no pertenece a mi raza, el que no pertenece a mi partido, el que no pertenece a mi religión. Cristo lleva su definición al otro lado de la frontera: próximo es tu adversario. Próximo tu enemigo.

El samaritano que recoge al judío herido y robado, mientras el sacerdote lo ve y no lo recoge ni le ayuda, significaría hoy, en la parábola, al Comunista que recoge al Cristiano mientras los suyos lo abandonan.

En mi planteamiento de la relación con el "otro" es que yo me defino como cristiano. El comunista nos da una hermosa lección de anchura de visión al colocar en Nicaragua una ofrenda floral por el pueblo de Vietnam. Pero el comunista, en realidad, no está realizando un acto de solidaridad humana, sino limitadamente partidaria: como Partido Internacional se solidariza con sus correligionarios del partido en aquella lejana latitud, no con el sufrimiento del pueblo. Si pusiera una corona por los enemigos que caen, proclamaría un verdadero humanismo. El Comunismo, en realidad, ha colocado de nuevo al hombre — que ya había sido arrojado allí por el egoísmo burgués — en una situación pre-civilizada anterior al Cristianismo. El Comunista — aunque lo haga en dimensiones internacionales — sólo considera prójimo "al que pertenece a la casa paterna". El extranjero a esa casa vuelve a ser odiado. El comunista contradice su hermoso gesto de apariencia universalista, levantando una "Cortina de hierro" — que es el símbolo de su relación humana con el "otro", con el prójimo — alrededor de su partido elegido, como los fariseos levantaban un muro para el pueblo elegido y como los burgueses han levantado un muro para los elegidos de la riqueza.

El único que salta esos muros es Cristo. Y eso sí es progreso humanista: amar al que está al otro lado. Amar al enemigo.

El problema del hombre moderno no lo soluciona la solidaridad partidaria — sean comunistas o cristianos los que la manifiesten — sino una solidaridad más ancha que salte los muros de "la casa paterna" en busca del "otro" para asociarlo a nuestro yo — para hacer hermano al que no lo es — en el Amor (que no tiene fronteras) y en la Libertad (que no pone condiciones).

En este cultivo urgente de la relación con el "otro" — en este mandamiento de volver próximo o prójimo por la caridad al enemigo se basa esa estupenda frase del Cardenal Browne en el Concilio: "El Comunismo es un problema de caridad más que de verdad". Que ellos no vean en nosotros una condenación de lo que ellos tienen de amor y de compañerismo, sino una superación.

El comunista levanta una Cortina de Hierro, dije arriba, pero esa atrofia en la relación humana — indudablemente condenable — la vemos muy clara en su campo, no el nuestro. El verdadero cristiano no tiene derecho a equivocarse. La cortina de desconfianza creada hasta en sus relaciones más elementales por el Capitalismo es el cimiento de la otra. Yo recuerdo el hermoso desprecio con que el poeta Azarías H. Pallais hablaba de las llaves, llamándolas con su gran voz bíblica: "invento del demonio" en alabanza del campesino y del pobre cuya puerta abre el viento si sopla fuerte por la noche.

Lo recuerdo como un símbolo de las relaciones humanas de nuestra alabada y progresista civilización comercial donde todo está asegurado con siete llaves: los diez pesos que prestas sobre la llave del anillo de boda de la pobre cocinera; los cien que prestas sobre la máquina de coser de la mujer proletaria; la escritura de sociedad con cien cerraduras jurídicas; la desconfianza como sistema de trato; la usura como norma económica; la inhospitalidad de tu corazón; la llave con que cerramos el alma al sufrimiento ajeno. ¡La maldición del gran poeta cae sobre toda nuestra vida cerrada para el prójimo por el férreo candado del interés y de la codicia!

Este mundo de desconfianza, cuando no de explotación, no es el que se opone al comunismo: más bien lo prelude. El paredón para "el otro" es el final de una serie de llaves que echamos a nuestro corazón. Pero (cuidado!)... también muchas viudas y muchos pobres mueren mensualmente fusilados contra el paredón de la usura!

El comunismo no ha podido levantar la relación del hombre con el hombre más arriba de la declinante medida burguesa. El comunista co-

3 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

loca una corona por el Viet Nam Norte, como la otra potencia pone sus armas a favor del Viet Nam Sur.

... Una corona de espinas ha sido llevada entre tanto por los dos Viet Nam. Es la co-participación de ese sufrimiento la que corona al cristiano en la cabeza de Cristo. Y esa es la corona que nosotros —cristianos y ... también comunistas— deberíamos colocar si lucháramos realmente por el Hombre. No la que fusila al "otro". No la que explota al "otro". No la que hace la guerra al "otro".

Sino la del que ama al "otro".

PABLO ANTONIO CUADRA